

JUAN MANUEL INCHAUSPE

SELECCIÓN DE POEMAS

Bar "el mesón"

tu sonrisa clara y mojada ahorca todas las voces

levanta en vilo el silencio

y tú lo sabes Mariana

la noche callejera

te suelta en este recinto quejumbroso

y te adhiere a algún sentimiento oculto:

esas palabras que no alcanzamos a pronunciar del todo

pero el enigma viene contigo

y se va contigo

una vez que nos has hecho creer en el milagro

te sumas a las velocidades de la noche

ese monstruoso fantasma que gusta de las grandes sorpresas

y de golpe no queda nada

sólo en el aire el débil tacto de una ráfaga

la huella en las puertas batientes

de algo que fue o que no fue en realidad

Climas

I

En todo comienza a destacarse un previsible derrumbe.

Nosotros no necesitamos mucho.

Nosotros necesitamos una mano abierta, un aliento sustantivo una ternura tan evidente que nos haga temblar.

II

Enroscados por un clima tibio que anuncia los más dulces asaltos.

Hay una voluntad sin miradas, una agitación que nos hace crecer como las plantas: la libertad sin armas que tiene la forma de tu cuerpo.

III

Porque todas las palabras caían de tu boca con ese cansancio de alfombras gruesas y flácidas que suele quedar después de alguna noche.

Querías explicar, evitando contradecirte, esos acontecimientos de tu vida que terminaron disponiéndose contra ti misma, dejando atrás la inocencia y tu ofrecimiento y tus manos amables.

Porque todas las palabras no tuvieron el suficiente calor como para guardar un largo equilibrio.

Porque temblabas.

Porque estamos hondamente solos.

Porque de algún modo nos llevamos recíprocamente y es imposible hacer nada.

IV

Las palabras y los contornos que escogiste cuidadosamente para dibujar una voluntad que no era realmente la tuya.

Las pequeñas mentiras cuya necesidad no explicabas del todo y que no intentabas borrar en el temor de descubrirete demasiado sola complicando las madrugadas: sus hombros quietos.

Esto es todo lo que olvidaste entre nosotros.

Has abierto y cerrado tu corazón el tiempo necesario que me lleva ocuparlo. Seré pues uno de los árboles de tu memoria para evitar que la sangre se torne incontrolable.

V

No necesito demasiado para continuar estremeciéndome.

Necesito apartar estos meses vacíos que se han filtrado hasta nosotros.

Estos gestos muertos sin corteza.

Estos inútiles comentarios al margen y todo ese mundo enfermo de turno.

Necesito lo que hicimos o lo que se dejó de hacer.

Estrechar nuestro abrazo redondo en clima agazapado de las islas o de esta arena: ser de nuevo esa precisa responsabilidad o ese abandono.

Miro las esqueléticas ramas
donde el otoño duerme.

Anochece.

El trabajo nocturno de las formas
comienza.

Dicen que ha pasado el tiempo.

Por la ventana abierta la fresca aprovecha
y me toca.

Siento desconfianza
de esa rara urgencia
que da el frío.

Tarde
sumergido en el cuerpo
sueño que duermo
hasta que la mañana trae figuras
que rozan lo real.

El silencio que necesitamos para poder escribir no existe. Deambulamos entre rotas cosas queridas y, entre espinas que lastiman, recogemos frutos de aquel parecido sabor.

Turbulento

como un mar este crepúsculo

arroja sobre el cielo sus desperdicios.

Espinazos

cristales

nubes torneadas como cabeza de león

ojos plateados de pescado

congelados volcanes en erupción

viajan y se dispersan con el viento

en una lenta danza azul

crecientemente oscura y punteada.

Conozco este paisaje

como las líneas de mi mano

y sus hemisferios estrellados y misteriosos.

En mi vida

me jugué por la suavidad y la fragancia de una pequeña
planta de salvia y, en su lugar, creció una ortiga.

No puedo hablar. No puedo escribir...
Más allá del círculo invisible de mis palabras
el círculo de mi desorden se ensancha.
Busco a mis amigos. Busco a mi amada
en quien la noche abrió sus labios.
Busco un lugar virgen fuera del área
de estas ciudades donde todos los días
muchos entierran su corazón.
Ha comenzado a llover. Tú me señalas
el rostro encendido de nuestro hijo
detrás de los vidrios y todo vuelve
a entrar en la nebulosa. Amor mío:
esta rabia seca, hundida
aquí, que aflora de noche tras las palabras,
es nuestro verdadero cielo.

El viento del otoño sopló toda la noche

El viento del otoño sopló toda la noche.

Por la mañana

detrás de las macetas del patio

encontré las hojas del álamo

ocultando su última palidez.

Lo necesario, las perlas

Como esas gotas de rocío
descubiertas, suspendidas
en las pequeñas y rubias y escondidas telarañas del jardín
así fue mi amor por ti.

Después vino el padre sol
iluminó, evaporó, limpió,
no dejó más que lo necesario.
Así es ahora mi amor entre las flores.

Estas cosas oscuras

Escucha callada: nadie exactamente puede comprender esto.

Nadie podría comprender este brillo extraño: esta bondad y este odio circulando alternadamente en la expresión de unos días caídos en el invierno.

Deja a los otros la posible claridad de lo nuestro y penetra para bien o para mal el alto caserón de esta nueva noche.

El invierno -confío- morirá dentro de algún tiempo.

Descansa ahora. Yo me quedaré en medio de la playa aceptando estos magníficos cangrejos nostálgicos que suelta el crepúsculo.

Son gentes que han debido abandonar su antigua casa, su casa grande de troncos cercana al río. Son solitarios que sólo reciben de la ciudad piedras heladas o recuerdos retrasados que quieren unirse, pero nada más.

No solo de mí y de tu corazón oh alma: Hablo de seres que escriben largas cartas, que viven perdidos en los extremos de la noche y para quienes cada día es siempre, y peligrosamente, el último.

Yo no quiero valerme de palabras
que han sido quemadas, torcidas
en una violenta noche de circo.

No quiero esa canción. Tal vez
llegue tarde, tal vez el paisaje
esté mitad petrificado ya.

Pero no hay excusas.
Sólo aquello que aún no he visto
de mí se agita en la noche.

Sólo las voces perdidas que el tiempo
ha vencido en el fondo de mi carne
me hablan. Y esto no tiene nada
que ver con la frialdad
que los otros han arrojado sobre el paisaje.

Yo escupiré mi propia sangre.

1

Me voy temprano y regreso muy tarde
cuando la noche ha hecho ya
gran parte de su trabajo
y no queda tiempo para detenerse a mirar.

Así paso los días. Como si lo mejor de mí
estuviera paralizado y muerto
o mejor como si no hubiera existido nunca.

Nada más que este rostro hipnotizado.
Como un pájaro nocturno
alguna palabra escala mi sangre.

Entiendo que debo quemar mis manos una vez más

Abro el cuaderno y escribo rápidamente.

Todo arde.

De vuelta a casa

Anoche traté de poner las cosas en su lugar.

De ordenar -como suele decirse cómodamente- mi vida.

Traté de ver qué cosas estaban más próximas
y cuáles más alejadas,
qué desplazamientos había,
de dónde venía este malestar,
este sueño cortado en la fría madrugada:
temblores que no me abandonan.

Bruscamente

uno ve con horror
que aquel que está en el espejo a veces
es otro.

¿Pero

quién puede -fríamente-
poner sus propias cosas en su lugar?

Se pueden alzar del suelo
los pedazos del jarrón roto
sin maldecir.

Las palabras que no dije
las que no pronuncié y devolví
al fondo oscuro de mí mismo
me esperan en el camino.

Un día
o una noche cualquiera
no importa el lugar
me golpearán en pleno rostro.